

ARTE Y POLÍTICA, UNA MEZCLA PELIGROSA:

LA NOVELA *PAX* (1907)

Álvaro Pineda Botero*
Universidad Eafit

Pax es, sin duda, una de las novelas colombianas más interesantes de su época, por la ambición de su espectro narrativo, el uso sobresaliente del lenguaje, sus múltiples registros, la variedad de sus personajes y el trasfondo de historia e ideología que la sustenta. En ella quedan entrelazados lo sublime, lo bello, la santidad, la entrega, la nobleza, el desprendimiento y la generosidad con la burla cruel, la bajeza, el vicio, la caricatura, los despojos sangrantes, el odio y la sevicia. Fue escrita bajo los dictados de la lucha partidista; por eso, sus logros literarios quedan, a veces, empañados, y deformados algunos de sus elementos centrales. La crítica ha reaccionado de igual manera. Al tratar de establecer correspondencias puntuales entre la fábula y la realidad, se ha olvidado resaltar los aspectos novelísticos. Si les damos a cada personaje y a cada escena la oportunidad de vibrar sólo con las resonancias de su forma estética, sin pretender llegar a conclusiones de verdad, quizá podamos apreciar su real magnitud.

El narrador y los autores

No es fácil deslindar el aporte de cada uno de sus autores: el poeta Lorenzo Marroquín (1856-1916), hijo de José Manuel Marroquín (poeta, político y filólogo), y José María Rivas Groot (1863-1923), autor de otras interesantes novelas, como *Resurrección* (1901) y *El triunfo de la vida* (1916). Admira que *Pax*, siendo escrita por dos individuos, se pueda leer de corrido, pues los puntos de quiebre, las costuras, los cambios de estilo son tan sutiles que no es posible determinarlos. Está narrada por una única voz, es decir, por un narrador omnisciente anónimo no representado—heterodiegético intradiegético—, con lo cual Marroquín y Rivas Groot demuestran sus afinidades ideológicas y de estilo.

* Doctor en Literatura, State University of New York at Stony Brook. Escritor, investigador y crítico literario; en la actualidad, decano de la Escuela de Ciencias y Humanidades, y director del Fondo Editorial, Universidad Eafit.

El asunto y los protagonistas

Pax describe un conflicto político de dimensiones gigantes que afecta la nación.¹ Concurren tres partidos o facciones: el Ministerial, que detecta el poder y se orienta por una ideología católica españolizante; los Íntegros, una facción de los ministeriales, que actúan en la oposición por motivos de circunstancia política; y la Revaluación, un partido definido en la novela como de ideas anarquistas, ateas y anticlericales, compuesto por líderes revolucionarios populistas en cuyos discursos se invita a la lucha armada y se amenaza con expropiar la riqueza de los de clase alta para repartirla entre los pobres.

Son ministeriales, entre otros, el presidente de la República, de apellido San Martín, quien actúa como máxima autoridad, pero cuya participación en la trama es poca, el ministro de Guerra y Finanzas, general Pedro Alcántara Ronderos, y los congresistas Alejandro Borja y Roberto Ávila, quienes, al comenzar la guerra, se hacen oficiales del ejército, el primero con el rango de general y el segundo de coronel. Relacionados de cerca con éstos están una prima de Roberto llamada Inés; Ana, la madre de Roberto, Teresa, la madre de Inés; el conde francés Hugo Dax Bellegarde, la hermana San Ligorio y el sacerdote Miranda. Pertenecen a la raza blanca, son fieles practicantes de la religión católica, se enorgullecen de sus altos abolengos españoles o franceses, han tenido una educación esmerada y consideran que su moral, sus creencias y sus ideales son los que deben imponerse en toda la nación.

Las figuras más sobresalientes de los íntegros son Sánchez Méndez, Alcón y Karlonoff. Sánchez Méndez es uno de los miembros más poderosos del Congreso. Melchor Alcón, a quien se le describe como "publicista y filólogo", es un político avezado de provincia, que trabaja en un alto cargo a órdenes de Ronderos. Más adelante es nombrado ministro y luego es elegido para el Congreso. Aunque por sus actuaciones y pronunciamientos está en la oposición, conserva su puesto, al igual que Karlonoff, por generosidad del Presidente, quien se esmera en mantener con este grupo una actitud conciliatoria. En cuanto a Kalonoff, se trata de Carlos Onofre Sandoval, "consultor técnico del ministerio", que utiliza aquel seudónimo para firmar sus artículos de prensa.

El partido de la Revaluación está representado por Floro Landáburu, el general González Mogollón, Tubalcaín Cardoso y el periodista Escipión Socarraz, dueño del periódico *El Alacrán*.

Otros personajes con papeles protagónicos son Ramón Montellano y su hija Dolores, quienes al comienzo no aparecen alineados en cuestiones políticas, pero que luego demuestran su simpatía por los revaluacionistas. Montellano es un campesino de provincia que por su sagacidad y capacidad de trabajo ha construido

¹ Aunque los nombres de personas, lugares y partidos políticos han sido modificados, se trata, por supuesto, de la guerra de los Mil Días, que afectó al País entre 1899 y 1903.

una fortuna. Se ha radicado en la capital con Dolores. Compra ferrocarriles, emisiones completas de bonos del gobierno y propiedades de nobles arruinados —por ejemplo, la casa señorial de Ávila y la finca de recreo de Borja—. Participa tanto en política como en sociedad y aprovecha la guerra civil para multiplicar su fortuna. El general Polanco es uno de sus hombres de confianza. Aura del Campo es la esposa de Cardoso. Creyéndolo muerto se casa con Montellano, relación que termina cuando se sabe en Bogotá que Cardoso ha abrazado la revolución y que actúa al mando de un fuerte destacamento. Ella es directora de la revista *La Mujer Independiente*, escribe novelas, monografías históricas, y defiende los derechos de la mujer.

Solón Carlos Mata, más conocido como S.C. Mata, es un poeta que escribe versos "decadentes", dirige también una revista, *La Pagoda de Nietzsche*, y ha publicado varios libros de poesía.

Otros personajes menores son Sánchez de Peñanegra, de profesión inventor, que se cree genial y presenta innovaciones ingenuas y risibles; Milán Gil, el Chispas, mayordomo del general Ronderos, que muere extraviado en una selva virgen en el Magdalena; Gacharnah, un negociante de armas, servil aliado de Montellano; y el afeminado capitán alemán Müller, comandante de un barco ruinoso que llega al país para reforzar las fuerzas del gobierno.

A pesar de la extensión considerable de la obra,² la anécdota es sencilla. Ha llegado a Bogotá el conde francés Hugo Dax Bellegarde, representante de una firma franco-belga de ingenieros e inversionistas, con el propósito de canalizar el río Magdalena y hacer de Honda un puerto al que puedan llegar buques marítimos de gran calado. Ronderos, como ministro de finanzas, aprueba el contrato, aunque sus asesores Alcón y Karlonoff se oponen. Ávila, quien ha vendido su casa familiar a Montellano, invierte, luego de pagar sus deudas, sus últimos recursos en acciones de la nueva empresa. Las perspectivas de lucro para los inversionistas y de progreso para el país son enormes: se colonizarán las tierras ribereñas, habrá empleo, riqueza, productos de exportación. Comienzan los trabajos y en pocos meses los avances son notorios. Borja se desempeña como administrador de las obras. Entretanto, sube el precio de las acciones en las bolsas europeas.

Pero los íntegros se oponen al proyecto, no sólo dentro de la administración sino también en el Congreso, y los de la Revaluación atacan al gobierno con discursos incendiarios. La situación se complica. Ronderos despide a Alcón y se produce una revuelta pidiendo la destitución de Ronderos. El presidente accede para conservar el orden público y nombra en su reemplazo a Alcón. A partir de ese momento se precipitan los acontecimientos. Luego de un álgido debate en el Congreso, estalla la guerra: Landáburu se declara "presidente provisorio" y, con el apoyo de Cardoso, recluta un ejército y se hace fuerte en varias zonas del país. El Presidente llama de nuevo a Ronderos y lo nombra comandante general de las fuerzas militares.

2 Cito la edición de Bogotá, Oveja Negra, 1986, 355 p.

Estos hechos cubren un poco más de la mitad de la obra —hasta la página 244—. El resto narra, de manera pormenorizada, la inmensa confrontación bélica: los combates en Honda y “Puerto Borja” —en el Magdalena medio—, la persecución inclemente a los guerrilleros por las llanuras del Tolima, la desaparición y muerte de Bellegarde, quien fuera secuestrado por Socarraz; la campaña de la Costa y el combate de Cartagena, la destrucción de las obras de ingeniería y la quiebra de la compañía constructora y, finalmente, la larga y sangrienta matanza con las formas más primitivas de lucha, en los páramos orientales de Bogotá, para detener la horda de revolucionarios comandada por Cardoso y proveniente de los Llanos.

Modernidad y tradición, civilización y barbarie

La novela combina de manera notable lo moderno con lo primitivo. Al lado de ciertos inventos como la luz eléctrica, teléfono, ferrocarril, lanchas con motor de gasolina, dragas y otras máquinas sofisticadas, ciertas técnicas para secar los pantanos, para explotar la madera y el caucho y también los cañones y demás armamentos modernos que utiliza el ejército oficial, aparecen la selva impenetrable, las fiebres y las fieras, el fanatismo más recalcitrante, los procedimientos más rudimentarios en los hospitales y las luchas salvajes a cuchillo, bayoneta y machete. Así, los protagonistas viven en dos mundos: el de la civilización, refinamiento, lujo y comodidad, adornado con cuadros famosos, vinos finos y maneras europeas, y otro caracterizado como bárbaro y salvaje.

También, a manera de contrapunto, se habla en la novela de la idea del arte por el arte y del pragmatismo ingenieril; este último unido al ánimo de lucro. Bellegarde, Ávila y Borja se han formado bajo los conceptos de la educación estética. Sostienen conversaciones sobre pintura, música, literatura y en ellas esbozan las teorías de moda. Hablan de Nietzsche, Goethe, Zola, Tennyson, Cyrano de Bergerac, Verlaine y otros autores y compositores de moda.³ Es Wagner, sin embargo, el artista que en distintas partes de la obra se presenta de manera más destacada. Bellegarde lo define como un revolucionario del arte, afirmando que más que un músico, fue un filósofo. “Consiguió encarnar en la forma viva del drama lírico los pensamientos más profundos, más abstractos. [...] Subordinó la voz humana a la orquesta. Nadie como él conoce los efectos de cada instrumento”.⁴ Al mismo tiempo, son abundantes las alusiones que estos mismos personajes efectúan sobre temas técnicos y financieros.

En Bellegarde los autores configuran un tipo ideal masculino para la época. En él confluyen dos vertientes definitorias de la modernidad, la del arte y la de la

3 Al analizar estos pasajes es fácil establecer correspondencias con las otras novelas de Rivas Groot, en especial con *Resurrección*.

4 Marroquín, José Manuel y Rivas Groot, José María, *Pax*, *Op. cit.*, p. 25.

tecnología. Se trata de un hombre joven, inteligente, elegante, que practica las maneras refinadas del *dandy*. Habla bien el español aunque conserva un lejano acento francés. Son notables sus conocimientos de ingeniería y finanzas, su sentido práctico y su capacidad para adaptarse a la selva. Al mismo tiempo practica una concepción estética, no religiosa, de la vida, pues afirma que el verdadero objeto de la existencia es el arte.

Al lado de la guerra y la política, el amor es otro de los elementos determinantes de la trama. Roberto Ávila, quien se considera de altos abolengos, empobrecido hoy, sólo espera recuperar su fortuna —con las inversiones en la canalización— para pretender en amores a su bella prima Inés, muchacha de la más alta distinción bogotana. A pesar de todas sus virtudes, Roberto, a veces, la encuentra fría y distante, como si ella fuese incapaz de sentir el soplo de la pasión. Al conocer a Dolores Montellano, Roberto vacila. Dolores carece de abolengos; a veces sus cabellos o sus manos no son tan finos como él quisiera, y sus maneras no se han librado del todo de algún gesto plebeyo. Pero está estudiando francés y música y leyendo connotados autores europeos. Esta vacilación se mantiene a lo largo del relato. Al final se decide por Inés, pero, por causa de la guerra, ya es demasiado tarde.

El conde Bellegarde también se ha enamorado de Inés, pero al creerla comprometida con Roberto ha evitado manifestar sus sentimientos. Sólo en los momentos anteriores a su muerte e, irónicamente, por conducto del propio Roberto, se animó a enviarle su mensaje de amor.

Alejandro Borja es protagonista de otra extraña historia de amor. Durante un viaje por Europa y Jerusalén tuvo oportunidad de conocer y encontrarse repetidamente con Berta de Mortemar, una bella francesa que lo cautivó. Esta muchacha, sin embargo, prefirió hacerse religiosa y adoptar el nombre de hermana San Ligorio. Fue destinada para venir a América; durante la guerra, con otras compañeras, sirvió como enfermera en los hospitales improvisados, siempre abnegada, silenciosa, dispuesta al misticismo y al sacrificio. Trabajaba con el ejército comandado por Alejandro y murió en un asalto de las guerrillas.

En general, a la mujer se la valora con base en el esteticismo y la moral de corte europeo que practican los ministeriales. Por eso, las que hacen los papeles protagónicos quedan definidas a partir de la mirada patriarcal, con elementos ya desgastados de la tradición del siglo anterior. Fueron educadas para el matrimonio, son piadosas y conservan la virtud. El decoro no les permite a los autores presentarlas en situaciones pasionales. El lector desconoce, por lo general, sus sentimientos y sus verdaderos rasgos psicológicos.

Varios espacios, o escenarios, sirven de soporte estructural. Son lugares de encuentro, de encrucijada, de peripecia y anagnórisis. En ellos ocurren diálogos, discursos, pronunciamientos políticos; se sellan alianzas o quedan al descubierto los conflictos. Al comienzo se describe una cena en casa de doña Ana con la presencia de Ronderos, Bellegarde, Roberto, Inés y Miranda. Otros encuentros

ocurren en el teatro, con motivo de la representación de la ópera *Werther* de Massenet por una famosa compañía italiana, cuyo argumento se narra con detalle; en la casa de Montebello, con ocasión de su matrimonio con Aura; en el Congreso de la República, donde se celebra una reñida e importante votación; en la oficina ministerial de Ronderos; en dos ocasiones en la posada El Consuelo en el camino de Honda; en el pueblo de Ubaque durante las vacaciones; en un banquete en el Hotel Bicontinental en honor de Landáburo; en un baile de máscaras la noche de año nuevo; en el hipódromo y en los campos de batalla. Algunos de estos encuentros llegan a parecer inverosímiles, como los de la posada El Consuelo, donde en el lapso de unas pocas horas se cruzan por azar individuos como Ronderos, Ávila, Borja, Montellano, Inés, la hermana San Ligorio, el Dr. Miranda, Socarraz, y otros, que han permanecido distantes y sin comunicación entre sí por meses, y que no se han dado cita previa.

Los registros líricos y épicos

En el comienzo de este comentario aludí a los múltiples registros de la obra. Me refiero, en especial, a dos estrategias narrativas entrecruzadas, la lírica y la épica. La dimensión lírica se relaciona con los estados de conciencia, los sentimientos principalmente amorosos de los protagonistas y ciertos espacios interiores como residencias, patios, salones, en concordancia con tales estados de conciencia. Hay descripciones de muebles, tapices, manteles, cortinajes, floreros, copas de cristal, prismas que cuelgan en los candelabros, la luz de una lámpara que ilumina los objetos sobre la mesa. A doña Ana, "le hacen compañía objetos insignificantes para un extraño, pero que hablan para ella un lenguaje íntimo y resumen épocas enteras de su vida".⁵ Se describen cenas en las que se sirven con el más riguroso ritual vinos extranjeros y viandas refinadas, y en las que se desarrollan largas conversaciones. Es notable la descripción de la última visita que hace Roberto a su casa antes de entregársela a Montellano. Al recorrer las habitaciones y corredores la nostalgia lo lleva a remontarse hacia el pasado, para dar cuenta de las glorias de su familia a través de las generaciones. Este ejercicio logra su punto culminante al llegar al salón principal, donde están colgados los retratos al óleo de sus antepasados. Aparece, inclusive, el más antiguo, que fuera compañero de Gonzalo Jiménez de Quesada al fundar la ciudad de Bogotá. Algunos obtuvieron honores reales o se hicieron héroes en las guerras de la independencia. Roberto, al considerar su situación actual, siente la mayor tristeza, pues se considera en la bancarrota económica y moral. Él es el último y el más indigno. En otros episodios se habla de Alejandro Borja, quien le dedica sus horas libres a la pintura y ha compuesto unos cuadros que sirven de tema a otros protagonistas. Uno de ellos representa la alegría de una multitud que asiste al hipódromo; otro, la tristeza de un

⁵ *Ibid.*, p. 62.

campo después de la batalla; es decir, las delicias de la paz y los horrores de la guerra.

Hay otros motivos que subrayan el contenido lírico de la obra. Las rosas, por ejemplo. Aparecen, al comienzo, sobre el piano de Inés. Bellegarde las ha traído del jardín con motivo de una velada íntima. Al final, Bellegarde, poco antes de morir, saca de su cartera unos pétalos secos de aquellas rosas para enviárselos a Inés como prueba de su inquebrantable devoción. En otro lugar se cuenta la historia del rosal de la casa de Ávila. Las cepas fueron traídas de España hacía muchas generaciones por alguna abuela, y siempre habían sido un estimado símbolo familiar. Cuando Montellano tomó posesión de la casa, abrió puertas y ventanas de manera estruendosa, dijo que parecía una sacristía, y destruyó el rosal a bastonazos porque prefería otro tipo de flores.

La dimensión épica está dada por las descripciones de los grandes espacios: el mar, las llanuras, montañas, ríos y selvas; y, sobre todo, por la grandiosidad de las batallas, la marcha de los ejércitos, la muerte multiplicada, la destrucción y el holocausto causados por ideologías en conflicto y por ambiciones personales.

Son notables las marchas del ejército oficial por los llanos inmensos del Tolima persiguiendo a Socarraz y tratando de salvar la vida de Bellegarde, las luchas cuerpo a cuerpo en las montañas en medio de la oscuridad nocturna, el sórdido y doloroso ambiente de los hospitales, los campos cubiertos de cadáveres, y el extravío y muerte de Chispas en un inmenso territorio de ciénagas y selva virgen. Algunos ejemplos: "Entre gritos salvajes se precipitan al encuentro del enemigo. En mitad de la pendiente un choque colosal [...] ruido de aceros, gritos, caballos que huyen sin jinete [...] lanzas que se hunden"⁶ Los combatientes "enloquecidos, embriagados de sangre, pelean a fuego y hierro, se mezclan, se derriban, se muerden, se estrangulan, se apuñalan".⁷

En los hospitales, "las emanaciones de gangrena, de fiebre, de podredumbre, quedaban mezcladas con el olor de los desinfectantes. [...] Un herido, boca abajo, dejaba caer sobre un platón la sangre que goteaba de su nariz: una hemorragia incontenible lo mataba lentamente".⁸ "Los médicos, inclinados, impasibles, cortan la carne, asientran los huesos, esculcan las entrañas, sin cuidarse de los alaridos del paciente".⁹

Uno de estos hospitales es víctima del incendio: "tras el telón rojizo sólo se vislumbra la muchedumbre de enfermos, revolviéndose entre las llamas [...] las palmeras y los edificios, los follajes tupidos, la paja y el maderamen de la techumbre, de los muros, arden en una sola llamarada [...] del cráter pavoroso revientan remolinos de chispas".¹⁰

6 *Ibid.*, p. 274.

7 *Ibid.*, p. 350.

8 *Ibid.*, p. 325.

9 *Ibid.*, p. 348.

10 *Ibid.*, p. 275.

"Hace pocos meses las locomotoras pitaban alegremente entre el bosque [...] era la conquista del hombre sobre la selva, sobre el río, sobre la barbarie. Ahora la selva toma venganza, invade las bodegas [...] los caimanes duermen en las playas sin que los ahuyente el incesante vaivén de los vapores [...] los caimanes están bien comidos con los cadáveres que bajan de tantos combates"¹¹ Después de la lucha, "yacían cadáveres insepultos por los caminos. Bandadas de gallinazos que oscurecían el sol, atraídos de distancias incommensurables por el olor de la podredumbre [...] cruzaban el espacio como nubarrones de tempestad. Caen, cubriendo el suelo de un manto negro, llenando el espacio de graznidos [...] se sacian, sin que se agote el espléndido festín de carne humana. Cadáveres que han perdido la piel y en posiciones forzadas muestran la red de nervios, la masa informe de los músculos descubiertos"¹² "Un grupo de hombres y mujeres de facha siniestra registra los cadáveres, los vuelven, los desnudan, hurtan baratijas miserables, prendas de vestir, despojos manchados de sangre"¹³.

La ironía

En cuanto a la ironía, es posible establecerla desde dos perspectivas. Como ironía trágica, en episodios en los que se resaltan lo insulso y lo cruel de aquellas actitudes arrogantes o ciegas que conducen muchedumbres al sacrificio cruento. El final de Ávila es, también, ejemplo de ironía trágica. Actúa con el mayor heroísmo en todos los combates; en el último, una bala lo deja tendido en la orilla del camino. Sus soldados avanzan enloquecidos para dar la carga final y, al pasar, le gritan "cobarde", pues creen que está ahí, entre el rastrojo, para esconderse. Esta palabra injuriosa queda resonando en su conciencia mientras su vida se le escapa por la herida.

La ironía, en su aspecto caricaturesco y burlón¹⁴ es el recurso más utilizado como arma de venganza, sectarismo y pasión política.¹⁵

S.C. Mata es, en realidad, el más deformado por la caricatura. Él es un poeta morfinómano, petimetre, objeto de escarnio social, que asume las posiciones más radicales. Ha publicado varios libros con títulos como *El Oriente*

11: *Ibid.*, p. 276.

12: *Ibid.*, p. 346.

13: *Ibid.*, p. 347.

14 La caricatura se logra con las formas retóricas de la sátira, la ironía, la parodia, y ocupa grandes secciones, en especial, en los capítulos II, III, XX, XXII de la primera parte, y II y XII de la segunda.

15 Eduardo Santa ha encontrado estrechas correspondencias con personajes históricos. San Martín sería José Manuel Marroquín; Floro Landáburu, Rafael Uribe Uribe; Tubalcain Cardoso, Benjamín Herrera; el general Polanco, Gabriel Vargas Santos; Escipión Socarras, José Ignacio Gálvez; Pedro Alcántara Ronderos, Pedro Nel Ospina; Alejandro Borja, Alejandro Urdaneta; Roberto Avila, Roberto de Narváez; Ramón Montellano, Pepe Sierra; Dr. Miranda, Carlos Cortés Lee; Sánchez Méndez, Carlos Martínez Silva; Melchor Alcón, Marco Fidel Suárez; Karlonoff, Francisco Javier Vergara. En *Aura del Campo* hay elementos que corresponden a Soledad Acosta de Sampér. "Consideraciones en torno a la novela *Pax*", en *Thesaurus*, No. 45, 1990.

eterno, *El cantar de mis cantares* y *Líneas rojas*. No sólo se caricaturiza su persona; también su obra, con el uso de la parodia.¹⁶ Termina suicidándose de manera teatral en el momento culminante de una ópera de Wagner.¹⁷

Aura del Campo les sirve a los autores para ridiculizar ciertas tendencias feministas que ya se presentaban en aquella sociedad tradicional. Se la muestra como una especie de marimacho. La voz narrativa pone en su boca las siguientes palabras: "Me asfixio en este país. Anhele la patria de George Sand, Anaís de Segalais, Madame Staël, Madame Caven [...] esas mujeres varoniles vivieron de su pluma. Allí una mujer puede ser hombre de letras"¹⁸

Con las descripciones de Montellano se quiere ridiculizar a aquellos individuos que no fueron formados dentro de los patrones de la Atenas suramericana, que desconocen la filología, no son poetas ni pertenecen al círculo bogotano que desde la colonia detectaba el poder. Montellano simboliza una clase social en ascenso, la de los cultivadores de caña de azúcar y café, la de los colonos que en décadas recientes habían abierto el centro montañoso del país, y que ahora llegaban a la capital dispuestos a participar en el manejo de la cosa pública. Sus modales son bruscos, habla recio, escribe sin ortografía y gasta a manos llenas. Es notable, por ejemplo, el contraste entre la desmesura del banquete que ofrece Montellano con motivo de su boda, que recuerda el episodio de las bodas de Camacho del *Quijote*; y la mesura de la cena que ofrece doña Ana al comienzo de la novela.

Respecto de Alcón se alude a "esa sonrisa falsa, esa nariz curva, esos ojos de ave de rapiña".¹⁹ Se le presenta como oportunista, falso, capaz de fraguar traiciones y componendas políticas. En cuestiones de amor, en cambio, es un incapaz, un tímido. Está enamorado de Dolores. Cifra en esta alianza su futuro profesional, pero no logra expresar sus sentimientos.

Mientras Bellegarde, como se dijo, aparece como el prototipo ideal del ser humano, Karlonoff encarna los atributos contrarios. Es un "hombrecillo rechoncho, moreno, de ojos inquietos, con una nariz enorme".²⁰ Odia la llegada de ex-

16 En el texto de la novela aparecen muchos de los poemas que se le atribuyen a Mata. Se trata, en realidad, de un alarde poético de Lorenzo Marroquín y Rivas Groot, para repetir, parafrasear y parodiar poemas modernistas de José Asunción Silva y de Guillermo Valencia, sobre todo los nocturnos del primero y poemas como "Palemón el Estilista" y "Los camelios" del segundo.

17 El personaje Mata es una caricatura violenta contra Silva. Enrique Santos Molano atribuye la presencia de este personaje, desfigurado en la novela al rencor de Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot contra José Asunción Silva. En el periódico *La Miscelánea* de Medellín (octubre, 1887 y abril 1888), Silva, bajo el seudónimo de José Luis Ríos, había entrevistado a un tal Mr. Collins. Allí afirmó que Marroquín y otros "se preocupan más por hacer malos versos que por servirle al país" y que "el estudio preliminar al *Parnaso Colombiano*, elaborado por Rivas Groot, es una característica muestra de literatura cursi, a un tiempo "imperceptible e incommensurable". Citados por Santos Molano, "Silva y el medio literario bogotano", en *Revista Casa Silva*, No. 10, tomo I, 1997, p. 49.

18 Marroquín y Rivas G., *Pax*, Op. cit., p. 139.

19 *Ibid.*, p. 140.

20 *Ibid.*, p. 33.

tranjeros a quienes ataca con un discurso nacionalista incoherente, y afirma que "Suramérica es para los suramericanos".²¹ Sus alardes de conocimiento técnico resultan retóricos y vacuos, y las modificaciones que ordena para adaptar un cañón moderno a las necesidades del ejército terminan causando una inmensa matanza entre quienes los usan.

La presencia de un tal senador Pinillos sirve para ridiculizar las votaciones en el Congreso. Sin comprender el asunto en discusión, vota unas veces a favor, otras en contra, con lo cual siempre se llega a un empate. "Aquel imbécil, víctima de una enfermedad cerebral, había sido electo acaso por una transacción entre dos círculos. Se hacía llevar de la mano a las sesiones".²²

La ironía permea otras instancias de la narración. Cuando Bellegarde interpretaba al piano el *adagio* de una majestuosa sonata de Beethoven, Maratón, el perro de la familia Ávila, comenzó a "acompañarlo" con sus aullidos.²³ Más ridículos son los episodios del barco alemán. Había pertenecido al rey Luis II de Baviera. Wagner había viajado en él, dirigiendo para el rey su ópera *El buque fantasma*. Müller, el capitán, a quien se le describe como un homosexual apasionado por el arte, no alcanza a distinguir entre lo que sucede en el escenario y lo que sucede en la realidad. Cuando el barco entra en el combate que se desarrolla en la bahía de Cartagena, se desata una tempestad. El vejete reblandecido cree que los rayos que caen del cielo, los disparos que reciben y el incendio que abrasa su navío son parte de una representación teatral. Cuando finalmente se da cuenta de su error, y con el ánimo de vengarse del ultraje que ha recibido el arte, decide suicidarse, haciendo estallar la caldera.

Caricatura y política

Uno de los grandes logros de la novela europea del siglo XIX fue la creación del antihéroe, es decir, aquel personaje cuya alma está escindida entre la creencia y la duda, entre el valor y la cobardía, entre la virtud y el vicio. Es aquél que fluctúa y evoluciona, y cuya personalidad es compleja e impredecible. En *Pax* no se presentan estas formas de tratamiento. Está deformada por el interés de crear caricaturas o tipos, no personajes, lo que afecta la credibilidad y, en cierta medida, convierte la novela en panfleto. Lo que afirmé antes sobre las mujeres es válido para los personajes en general, aún para aquellos no sometidos a tratamientos irónicos. Sus perfiles psicológicos no evolucionan, no demuestran libertad interior, son planos, acartonados y están determinados moralmente. El "bueno" siempre lo es y el "malo" no tiene

21 *Ibid.*, p. 199.

22 *Ibidem.*

23 *Ibid.*, p. 26.

redención. Algo similar ocurre con los asuntos religiosos y políticos: las ideas quedan expresadas de manera simplista, esquemática. Las propias se consideran inamovibles y las contrarias se reducen a caricatura. Por esta causa los conflictos no se resuelven.

Desde el comienzo soplan los vientos de la violencia. A poco de comenzar, el Dr. Miranda pronuncia una frase latina que se convierte en *leitmotiv*: *Voce[m] terroris audivimus, fornido et non est pax*: Escuchamos las voces del terror y tememos que no haya paz. La locura, la ambición personal, los negociados de armas, buques o productos de exportación, las confiscaciones arbitrarias, el secuestro se adueñan de un entorno pacífico, de un territorio rico y bello en el cual, en otras circunstancias, el progreso y el arte serían posibles. Las dos ideologías en conflicto, a saber, el tradicionalismo católico jerarquizante y autoritario, y un socialismo populista con visos de anarquismo, presentados de manera burda y simple, chocan ciegamente sin que en ningún momento exista la posibilidad de un entendimiento. No sólo quedan en ruina las obras de la canalización; el país entero sufre los horrores bélicos y miles de soldados, casi todos de origen campesino, encuentran la muerte cruenta en un ambiente apocalíptico.